

UNIVERSIDAD TEOLOGICA DEL CARIBE

REFLEXIÓN

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROFESOR FERNANDO JR. LÓPEZ CRUZ

EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO (TBS 311)

POR
FELIPE VAZQUEZ ROSARIO

SAINT JUST, P.R

Experiencia

Este tema me impactó profundamente porque confronta de manera directa la distancia que muchas veces existe entre la confesión cristiana y la realidad concreta del sufrimiento humano. Hablar de que todo ser humano ha sido creado a imagen de Dios resulta relativamente sencillo en un nivel doctrinal; sin embargo, cuando esta afirmación se coloca frente a contextos de violencia estructural, pobreza extrema y exclusión social, adquiere un peso existencial mucho mayor. El documento me obligó a reconocer que la antropología teológica no es una reflexión abstracta, sino una teología que nace del dolor, del clamor y de la experiencia real de personas cuyas vidas están amenazadas. Lo más relevante para mí fue la insistencia en que la imagen de Dios no se pierde, aun cuando el pecado individual y colectivo distorsiona profundamente la vida humana. Esta afirmación me confrontó con mis propios prejuicios, especialmente la tendencia —a veces inconsciente— a asociar dignidad, valor o incluso bendición con estabilidad económica, éxito o seguridad. El texto me retó a reconocer que la violencia y la pobreza no solo afectan a quienes las padecen, sino también a quienes, desde una posición más cómoda, aprendemos a normalizarlas. En cuanto a mi fe y espiritualidad, logré una conexión clara entre este tema y la figura de Cristo encarnado. Comprendí con mayor profundidad que Dios no se revela desde la distancia, sino desde la vulnerabilidad. La experiencia de Dios, a la luz de este tema, se manifiesta en el acompañamiento solidario, en el lamento compartido y en la esperanza que resiste aun cuando las condiciones de vida parecen negarla.

Análisis Social

A nivel social, este tema pone en evidencia cómo los sistemas económicos, políticos y culturales pueden negar en la práctica la dignidad que confesamos en teoría. La violencia y la pobreza no son realidades aisladas ni accidentales; son el resultado de estructuras que priorizan el poder, la ganancia y la exclusión por encima de la vida humana. Desde esta perspectiva, la antropología teológica se convierte en una crítica profética a todo sistema que reduce al ser humano a mercancía o lo define únicamente por su utilidad. En el contexto de la congregación y de la iglesia universal, este tema representa tanto un desafío como una oportunidad. Desafía a la iglesia a revisar si realmente vive de acuerdo con la convicción de que todas las personas reflejan la imagen de Dios, o si ha reproducido, consciente o inconscientemente, lógicas de exclusión. Al mismo tiempo, ofrece la oportunidad de redescubrir la misión de la iglesia como una comunidad llamada a dar testimonio del Dios de la vida en medio de realidades de muerte. Los excluidos en este escenario suelen ser los pobres, las víctimas de la violencia, los migrantes, y todos aquellos que no encajan en los ideales sociales de éxito y autosuficiencia. Son excluidos porque su existencia incomoda, porque visibiliza las fracturas de un mundo que prefiere ignorar su responsabilidad colectiva.

Reflexión Teológica

A la luz de lo anterior, entiendo a Dios como el Creador que no abandona su creación, aun cuando esta se encuentra profundamente herida por el pecado. Dios no es indiferente al sufrimiento humano, sino que se involucra activamente en la historia, asumiendo en Jesucristo la fragilidad y el dolor de la condición humana. La imagen de Dios, perfeccionada en Cristo, redefine lo que significa ser verdaderamente humano: no desde el poder, sino desde el amor que se entrega.

Teológicamente, me resultó problemático —y al mismo tiempo revelador— cuestionar las nociones culturales de perfección. El documento desafía la idea de que la plenitud humana se expresa en la autosuficiencia, la riqueza o la ausencia de sufrimiento. En contraste, presenta una visión cristiana en la que la verdadera humanidad se manifiesta en la dependencia, la relacionalidad y la solidaridad. He aprendido que hablar de Dios implica necesariamente hablar del ser humano y de sus condiciones de vida. No se puede confesar un Dios creador y reconciliador sin asumir una postura ética frente a la violencia y la pobreza. Dios obra en mí a través de este tema al incomodarme, al romper la neutralidad y al llamarme a una fe que no se limita al ámbito personal, sino que se expresa en compromiso concreto con la justicia. Cristo me llama a ajustar mi vida renunciando a la indiferencia y al conformismo. Seguirle implica dejar de ver la pobreza y la violencia como problemas ajenos y comenzar a reconocerlos como lugares donde Dios ya está obrando y donde me invita a participar.

Acción

A partir de esta reflexión, reconozco la necesidad de asumir acciones concretas, aunque sean pequeñas. Esto incluye educarme de manera crítica sobre las causas estructurales de la pobreza y la violencia, apoyar iniciativas comunitarias que promuevan la dignidad humana y revisar mis propios hábitos de consumo y comodidad. También implica promover, desde los espacios de fe y enseñanza, una comprensión teológica que conecte la imagen de Dios con la responsabilidad social. Además, considero fundamental cultivar una espiritualidad del acompañamiento, donde escuchar, estar presente y solidarizarse con quienes sufren sea una forma auténtica de testimonio cristiano.

Oración

Dios de la vida, recibo ante ti esta reflexión como un acto de fe y de entrega. Ayúdame a ver tu imagen en los rostros heridos por la violencia y la pobreza. Libérame de la indiferencia y del miedo a comprometerme. Enséñame a seguir a Cristo con una vida que refleje tu amor, tu justicia y tu esperanza. Amén.